

GEDEON ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA



GEDEÓN

DIPUTADO Á CORTES POR MADRID

SEMANARIO SATÍRICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CÉNTIMOS el número
ADMINISTRACIÓN
Costanilla de los Angeles, 1

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre	1,50 pesetas.
Año	6 »
Provincias y Portugal, trimestre	2 »
Año	8 »
Número atrasado	0,25 »
25 ejemplares	1,50 »



AÑO II.

Madrid 30 de Julio de 1896.

NÚM. 38

LA INVASIÓN DE LOS JUDÍOS

(Parodia de *La expulsión de los Judios*. Cuadro de Sala... con gabinete conservador.)



Lit. J. Sosa del Valle, 36.

GEDEÓN-TORQUEMADA. — Judas vendió á Cristo por treinta dineros. Vuestras señorías van á vender el crédito de la nación por treinta mil. Ahí le tenéis, y el que venga detrás, que arree.

LOS JUEVES DE GEDEÓN

—¿Conque decididamente nos abandonas, Gedeón?
—Sí, Calinez; voy al balneario de Santa Agueda.
—¿Y por qué á ese establecimiento y no á otro cualquiera?

—Porque me ha mandado á ese precisamente el Presidente del Consejo de ministros. «Gedeón, amigo mío, me dijo apenas aparecí por la Huerta. Con los lios financieros, que según Navarro Reverter hemos afirmado entre todos, y que según mi opinión se ha bastado el sólo para armar, no me va á ser posible tomar este año mis aguas sulfurosas de Santa Agueda. Temo que por este motivo se resienta mi salud, y se me ha ocurrido una solución: ¿quiere usted tomarlas en mi nombre?» Con mil amores, señor Presidente, le respondi. Por usted, no sólo aguas que sepan á hueros podridos tomaría yo, sino aun las mismas aguas de las actas sucias me parecerían néctar de los Morlesines. «Pues haga usted la maleta inmediatamente.» ¿Y á qué ministro me llevo? «¿Querrá usted decir, que cuál maleta se lleva. Gedeón.» Eso mismo, D. Antonio. «Ya lo veremos dentro de pocos días, porque pienso desprenderme de dos; mientras tanto, apercebise usted de camisas y dineros, que es, según Cervantes, lo que se necesita para viajar.» Camisas tengo y de muchas varas, procedentes de un saldo yankee; los dineros son los que escasean. «¿No tiene usted en su despacho un termómetro? Sáquele todo el azogue y empéñelo.» Y en eso quedamos, amigo Calinez; yo tomaré las aguas de Santa Agueda para que le sienten bien á Cánovas, y antes de partir haré lo que no ha conseguido realizar Navarro Reverter; empeñar el mercurio de un termómetro, y que diga éste lo que quiera después.

—¿Sabes, amigo Gedeón, que me dejás asombrado! ¿De modo que tú tomas las aguas y le aprovechan al Presidente del Consejo?

—Indudable. Esa es la última moda de la política de D. Antonio. Se discuten las cuestiones de Cuba y declara que las resolverá, no el Gobierno con su criterio, sino el país según su voluntad. Es decir, que el país va á los baños y el Gobierno se rasca en su casa. Surge el conflicto económico y dice D. Antonio: bueno, yo sigo gobernando, pero que la minoría liberal me dé resuelto el problema de los monises que es necesario buscar, y que me entregue aquéllos en oro, porque los necesito así. ¿Qué tiene por lo tanto de extraño que un hombre que confía á los demás todo lo que debe personalmente hacer, me dé á mí el encargo de bañarme en Santa Agueda para que los baños le produzcan efecto á él?

—Me has convencido, Gedeón. Te manda al establecimiento guipuzcoano en clase de minoría liberal ó de país; ¿pero tú qué vas á decirle al médico del balneario cuando te pregunte que cuál es tu enfermedad?

—Le diré que la de todos los españoles actualmente: Cánovas del Castillo.

—¿Y si para diagnosticar con más acierto te sigue preguntando si es muy antiguo en tí ese humor?

—Le responderé que según á qué humor se refiera. El poético, antiquísimo; el humor de Elduayen, desde que le han hecho una estatua.

—Caramba, tienes razón. Apenas Querol le ha puesto sus dos ojos en el mármol, como si se tratara de abrir un túnel, el marqués del Pazo de la Merced ha sacado un humor de cincuenta mil acciones del Banco.

—Eso lo hace para diferenciarse de su estatua. Los hombres superiores á los cuáles les erigen estatuas en vida, saben demasiado que nadie puede confundirlos con su representación, por muy artística, acabada y semejante que ésta sea. Elduayen es más modesto; teme que su estatua dé lugar á lamentables confusiones, y grita y se enfurruña desde la Presidencia del Senado como diciendo: ¡caballeros ó senadores: que no les preside á ustedes mi estatua, que soy yo!

—¿Qué bien explicas todo, Gedeón; para tí no hay cosa oculta! ¡Lástima que vayas á bañarte en nombre de Cánovas!

—¿Por qué?
—Porque te saldrán versos hasta de las uñas de los pies y versos como aquellos que le descubría Cavia hace poco tiempo:

Por lo demaz, puñalá;
yo eztóy aquí, chachipé,
y naite, naitica me toze,
ni Navarro Reverter.
¡Zeboya!

que ze me cae Casteyano á la oya, etc. etc. etc.

Versos de Grilo sin traducir del andaluz, es decir, versos dos veces Grilo.

—No temas tal cosa, Calinez; las aguas sulfurosas se prestan poco á la literatura.

—Te equivocas, Gedeón; ¿acaso no es literato el maestro Campillo?

—Bien; de todas maneras te aseguro que los versos que me salgan en la pila, en ella se ahogarán. Eso de publicar las cosas íntimas trae malas consecuencias. ¿Por qué crees tú que los presupuestos han encontrado tanta oposición?

—Porque son tan malos, que le parecieron muy bien á Moret.

—Otros igualmente fatales han pasado. Es que,

coincidiendo con su presentación, descubrió Gamazo la existencia de cierta lista en la cual figuraban los nombres de todos los empleados que él apadrinaba en Hacienda. Esa lista tenía ya varias cruces rojas, y cada vez que el ministro añadía una cruz, caía una cabeza gamacil. Esto indignó de tal manera al hacendista de Boecillo, que no se aquieta ni transige si no consigue en cambio...

—¿La cabeza de Navarro Reverter?

—No, su decalvación.

—Bueno, es lo mismo.

—No es lo mismo, Calinez. Al que le decalvan le cortan el pelo y no la cabeza.

—Pero y al que no tiene pelo y le decalvan, ¿qué le hacen? Pues cortarle la calva de raíz.

—Nada, no te lo concedo, amigo mío. A Wamba le decalvaron y dejó de ser rey para no perder la cabeza. Navarro Reverter es ministro de Wamba, y si le decalvaran, perdería la cartera, pero nada más.

—Entonces, te digo que el conflicto económico no tiene solución, porque si decalvan es cortar el pelo y Gamazo no transige sino con que le decalven á Navarro Reverter, ¡aviados estamos! Haces bien en marcharte á Santa Agueda; cuando vuelvas y se haya curado el Presidente, todavía seguiremos así. Oye, y Morlesin, ¿no toma aguas?

—Son incompatibles con su naturaleza.

—¿Gracias á Dios que le ha salido alguna incompatibilidad! ¿Y qué naturaleza es la suya?

—La de Zafra, y como llovió tanto allí cuando enterraron al primer habitante, todos los que como D. Atanasio tienen á Zafra por pueblo de su naturaleza, sienten horror hacia las aguas. Pero nosotros estamos aquí charlando con toda tranquilidad y se me va á marchar el tren; no voy á ir á Santa Agueda, y adiós los baños del Presidente. Lo malo es que todavía tengo que retratarme.

—¿Para qué?

—Para mandar mi retrato al *Nuevo Mundo* en cuanto me meta en la bañera. Anda, Calinez, ayúdame; pon esa ropa en la maleta. ¡Si tú supieras los encargos que me han hecho! Al ministro de la Guerra, una fotografía de la cuesta de Descarga. A Castellano un monte que no haya parido todavía, para que sirva de madre á su presupuesto de Cuba. A Tejada una teja de los electores vergareses de Toca, que son electores á Toca teja. A Linares, una vista general de la bella Easo. ¿Qué se yo! ¿Has metido ya todos los calcetines?

—Sí, ya están todos; los del pie derecho en un lado y los del izquierdo en otro, para que no te confundas.

—Mil gracias, amigo Calinez. Mi próxima carta, que no sé si será la primera ó la segunda que te escriba, estará fechada en Santa Agueda. Y ahora, á casa del fotógrafo y al tren; ¡Adiós Madrid, que te quedas sin Gedeón y estando las Cortes abiertas! Un abrazo, Calinez.

—No me atrevo, Gedeón. Desde este momento eres Cánovas. El respeto me lo impide.

«PASQUINADE» AUTONOMISTA

De Cambó un tal Giberga, senador, ha enviado una monserga que publica anteayer *El Liberal*, haciendo, en mi opinión, bastante mal; pues puede usted creer, amigo Moya, que, sin querer, de esa manera apoya y presta auxilios á la inicua juerga que en esta culta capital de España están corriendo algunos... *caballeros* que son filibusteros y que la patria generosa alberga, ¡porque, inocente, cree en la patraña y se deja enredar en la maraña de muchos que, con capa autonomista, de la pira son separatista. Piénselo un poco, amigo D. Miguel, y no deje estampar en su papel y en tres columnas de palabras huecas, ágrias de fondo y en la forma secas, modelo de retóricas cubanas que huelen á *mamey, ñames y ananas*, las pasiones que alberga contra España en su pecho el tal Giberga; el cual dice que ya no se fué al toro, *vulgo* á la insurrección, *por su decoro*, pero deja entender que él á la corta ó á la larga se irá. ¡Sí? Pues buen viaje. El decoro de usted nada le importa á España, ni su furia y su coraje; y aunque *El Liberal* quiera darle lustre (en lo que hace muy mal, según antes ya dije, *El Liberal*), sepa que aquí nadie le cree ilustre, ni su nombre conoce y por ello se *alerga*, aunque ahora, al oír nombrar *Giberga* la cólera en el alma nos retoce; que es cosa que exaspera ver con qué petulancia desde un rincón de Francia llama *patriotería vocinglera* á la sana expansión de esta noble y magnífica nación, quien contra ella se ensaña y horrores acumula sobre España. ¡Ya lo sabéis, soldados españoles, ya lo sabéis, valientes oficiales! Giberga y otros tales dicen que sois tan sólo *unos faroles*. Ya lo sabéis, leales caballeros,

sois sólo unos *patriotas vocingleros*. No llegará de la victoria el día, hasta que, mansos, dulces, complacientes, los déis la *autonomía*

con *ciertas soluciones adyacentes*. Aceptaremos tales soluciones cuando se nos consuman los pulmones; pero mientras que en ellos quede aire, el relincho de Baire

y todas las monsergas de Labrás, y Montoros, y Gibergas, taparemos de un modo muy sencillo... con una fuerte salva de Campillo.

Quien tales sentimientos atestigüa mal hace en no largarse á la manigua, que en el Cauto, no en Ebro ni en Pisuerga, debe tomar un baño el tal Giberga.

En España no debe comer pan quien dice con fruición que pronto vencerán los de la insurrección;

quien defiende á los *puntos* disfrazados de la gente *insurrenta* y á aquellos *infelices deportados* que están con Juan Gualberto, allá por Ceüfa.

Pues qué, ¿nuestros soldados son acaso felices? Pues qué, ¿se están tocando las narices ó pasando la vida en plena juerga? ¿No sabe nada de esto el tal Giberga?...

¡Oh, mi querido Moya (D. Miguel)! repito que pareceme asaz mal que haya usted insertado en su papel, que es al cabo español y *Liberal*, la carta de ese... en fin, de ese república, pues cree Gedeón

que de ese modo se mosquea el público... á menos que usted tenga la intención de alcanzar la *menor circulación*.

UNA INTERVIEW CON DON PRAXEDES

Gedeón, que desea tener á sus escasísimos lectores al corriente de eso que algunos llaman los *altibajos* de la política, refiriéndose en una sola palabra á Aguilera y á Castellano, no ha titubeado en facturar á uno de sus amigos con dirección á la ciudad de Santa Teresa, á imitación de lo que hacen los diarios fusionistas con sus redactores políticos.

Y, en efecto; allá se fué el buen Bicome con la sonrisa en los labios y sin flores ni rosetas en el ojal, para que no le confundiesen con Calixto Ballesteros.

Llegar á Avila, y dirigirse á casa del Presidente, fué todo uno.

—¿Cómo del Presidente?—objetará el curioso lector.—El Presidente es D. Antonio.

—Es verdad, ¡oh lector desocupado! D. Antonio lo es del Consejo de ministros; pero, en cambio... de via, D. Práxedes lo es del de ferrocarriles, que es presidencia más productiva y más descansada.

Dirigióse, pues, Bicome á la sucursal avileña del famoso comedor de D. Práxedes, y echando mano á un luenguisimo y retorcido cordón que vió salir por el umbral de la puerta, tiró con suavidad, y en vez de sonar la campanilla, *sonó* la cabeza de D. Amós Salvador *cuya* diestra gui. del floreciente mostacho era lo que Bicome había reputado cordón. Enseguida presentó su tarjeta, hizo la señal de D. Pablo Cruz, y lanzóse por el pasillo adelante.

Del salón, en el ángulo oscuro, muellemente reclinado en cojines no menos blandos que los de un coche-salón, *destacábase* la figura escultural del presidente, cuyas armoniosas formas mal recataba un batín de lana dulce como D. Pio Gullón. Cubría su cabeza un gorro turco, porque á D. Práxedes no le cree ni su propio gorro, y calzaba elej. antes zapatillas de orillo... las dificultades. En aquel traje, *Monte Cristo* no hubiera hallado grave inconveniente en compararle con el Apolo de Belvedere, aunque uodelado en bronce.

—¿Qué trae usted ¡por aquí, amigo Bicome!—exclamó D. Práxedes, alargando la mano, la nariz y una mijaja el labio inferior.

Bicome, todo azorado, pensó entonces que, en efecto, no llevaba ningún presente al zancarrón de la Meca fusionista, y contestó con timidez:

—Como traer, no traigo nada, Sr. D. Práxedes: tan solo expresiones de D. Germán Gamazo, que también hoy se ha quedado en Madrid, como el día del santo de usted. ¡Ah! y además mi compadre Gedeón me ha encargado que procure sonsacarle á usted con maña el fondo de su pensamiento, y como esto es faena tan sencilla, por eso me la ha encomendado á mí, que soy el más humilde de la comparsa.

—Pues, nada, amigo Bicome: el fondo es negro, negrisimo, de color del carbón que usa la Compañía; del matiz de los arcos superciliares de Canalejas... Pero dejémonos de *superciliaridades*. Lo cierto es que estoy triste, congojadísimo, con la fe perdida y pronto á descartilar. En mi propio partido veo mucha gente inclinada á ponerme perpétuamente en berlina...

—En berlina cama, al menos.

—En vano invoco el patriotismo de todos; en vano tengo atravesado en el camino á D. Segis, que va á cambiar su nombre por el de D. Domingullo; en vano traigo á mis amados *reporters* hechos unos *azacanes*. Desde aquí siento que el partido se me disgrega, que la fusión se me disuelve, que la nariz se

me cae ella sola, como la del enfermo del cuento.
—Y no podía usted utilizar, como otras veces, a D. Pio Gullón en calidad de goma arábiga?
—Imposible, joven Bicomé. D. Pio también me abandona. D. Pio se despegó. Excuso decirle que esto para mí es el finis Hispanie.

A esto, Bicomé no supo qué contestar, pero torció el gesto, como indicando:—Es indudable. Sagasta está muy malito. Y enseguida se trasladó al telegrafo y escribió un despacho concebido en estos términos:

G E D E Ó N.—Madrid.—Visitado Sagasta. Le ven el centro gravísimo. Ya habla latín de corrido como Cavia. Sigo telegrafando.—Bicomé.

DE OJEO

Recorte de un folletín:

«La pequeña Fifi estaba más pálida que la vispera.»

¡Demonio! Comprendemos que estuviese más pálida que el marqués de Vadillo ó que el estilo de Pérez Nieva, ó que las gracias de D. Javier de Burgos, en fin; más pálida que algo muy pálido, pero lo que es más pálida que la vispera... vamos que se nos atraganta eso.

¿Como serán las visperas pálidas?

Casi casi era cosa de preguntárselo al Sr. Lastres ó al señor conde de Torreanaz, ó al ídem de Esteban Collantes, que como se pasan la vida política en visperas, deben de conocerlas de todas clases.

Y si no, lo mejor será que nos entere de ello Morlesin, que es el pequeño Fifi del Sr. Cánovas.

Pues señor; como está uno preocupado con eso del teatro libre, problema para cuya resolución todo el mundo anda buscando la fórmula (lo mismo que si se tratase de aprobar los presupuestos), es claro, en cuanto se echa usted a la cara algo que á teatro huelga, ya está usted pronto á lanzarse sobre el escrito y á devorarlo incontinenti.

Esto le ha sucedido á Gedeón, quien el otro día tropezó con un artículo intitulado *La regeneración del teatro español*, obra de cierto Sr. Unamuno que, según parece, es catedrático de Derecho en Salamanca.

No había pasado nuestro ilustre amigo de la primera página, cuando comprendió que la cosa iba de veras, es decir, que se las había con un verdadero relleno de esos mucilaginosos que suelen ser tan gratos á los directores de revistas.

En efecto; ya en una de las primeras líneas del artículo aparece el siguiente adobe filosófico-literario:

«Repensar los más molidos lugares comunes, es la más honda filosofía y el único modo de apagar su maleficio.»

¡Apague usted el maleficio y vámonos!

Pero, señor, ¿quién les meterá á los profesores de Derecho á hablar de dramaturgia? Porque bien claro se ve que á quien tales cosas manuscibe ya pueden echarle dramas simbólicos á lo Ibsen ó jugueteos ñoños á lo Vital Aza. Todo lo repensará, todo lo molerá, y principalmente al lector, y con todo formará una olla podrida de imposible digestión.

Pero Gedeón, que no se asusta, ni aun de los discursos de Fabié, creyó necesario seguir adelante en aquella laboriosa lectura, y á las dos líneas tuvo que pararse ante esto:

«Preocupados en convertir lo reflexivo en automático, descuidamos hacer reflexivo y conciente lo automático ó inconciente.»

—Bueno— se dijo el gran Gedeón—y esto ¿qué es, reflexivo, automático ó inconciente? Lo que de fijo no es, en manera alguna, es castellano claro. Por eso será inútil que el Sr. Unamuno se moleste en instruir al lector en lato desarrollo y ordenado sistema de lo que acerca de esto y de lo otro piensa,» como él propio dice.

Es sencillamente inútil leer estas osas. ¿Qué va á adelantar nadie con saber la opinión que acerca del teatro profesa un señor que habla tan serio de las antífonas, uno de los óvulos de las representaciones simbólicas, que maldice del estudio libresco, que desprecia la exposición «del orden genético de los llamados géneros literarios»; y cita «frases entrecomilladas» y «generaciones sexuales»; y sostiene que Zeda es un gran crítico; y defiende los lunes clásicos; y afirma que «hay que chapuzarse en pueblo, plasma germinativo»; y «zahóndar en el populismo actual»; y ver lo que es el pueblo, *populus*, que sustenta los pueblos y deshace las naciones; y asegura que el genio es «ministro de la espontaneización de lo reflejo»; y tiene amigos que acusan al teatro «de enmuellecer los espíritus»....?

Al divisar semejantes horrores, Gedeón no puede contenerse, y llamando á Cóngriez, su fidelísimo servidor, entabla con él un diálogo del tenor siguiente:—Cóngriez, no me lo ocultes, á tí te ha dado la tentación de escribir sobre dramaturgia.

—No sé lo que es eso,—contesta Cóngriez espontaneizando lo reflejo de sus repensares.

—Es inútil negarlo: tú te has fingido profesor de Salamanca y le has colocado este precioso artículo al amigo Lázaro.

—El señor me confunde—replica Cóngriez con humildad.

—Al contrario: te conozco muy bien. A tí se refieren las injusticias que yo cometo, según Clarín, que también es profesor de Derecho como el señor Buylla y como el Sr. Unamuno. ¡Oh, qué precioso duo podrían formar estos dos últimos, entonando sus aires favoritos. Perdona, oh Cóngriez, mi error! Desde hoy no volveré á leer *La España Moderna*. Te leere á tí sólo.

Reflexiones de alta política hechas por un diario de gran circulación, á propósito de Li-Hung-Chang y de sus proyectos:

«A España le conviene adoptar una política cualquiera: le conviene estar con China ó con el Japón; pero estar con ambas á un tiempo, según la política del Sr. Cánovas, es preparar á las Filipinas el porvenir de Cuba, es crear un enemigo tan poderoso como los Estados Unidos. ¿Cuál? Uno de los dos, y por eso conviene escasez.»

Bueno, pero escasez ¿de qué? ¿De recursos? ¿De ingenio? ¿De Gramática?

Todas esas escaseces las tenemos ya, y no vemos la conveniencia que de ella resulta.

¿O es que el articulista, como trataba de Li-Hung-Chang, quiso hablarnos en el idioma de éste para mayor propiedad? En tal caso, no debiera haber titulado su artículo *Habló el chino*, sino más bien *Hablo en chino*, y nadie se hubiera molestado en leerle.

S Á F I C O S

A Amaniel, crítico y dehesa de gazapos

Permiteme, Calinez, que me asombre, permíte, joh, noble Plave! que me indigne: Urrecha, por echarla de gracioso, gedeoniza.

El sáfico se arruga entre sus dedos hechos á martillar la dura prosa; los versos á Amaniel se le resisten, se le sublevan.

Hombre es de prosa Federico Urrecha, hombre es de prosa... y además de Aduanas, y así resulta que confunde el verso con los marchamos.

Creáme Urrecha, déjese de sáficos y déjese de críticas dramáticas y vuelva al dulce embriagador cultivo del expediente.

Planta es más propia de su excelso numen. Vuelva, cual hijo prodigo, al fielato: tonto será, si así no lo realiza, como Sepúlveda.

No le haga caso á Leopoldo Alas, que aplaude á Rueda, á Buylla y á Unamuno; no le haga caso, que Clarín bien pronto vuelvese pito.

Muy malos son tus sáficos, Calinez. Destables, Bicomé, son los tuyos... pero aún peores que los de uno y otro son los de Urrecha.

¡Oh, virgen Safo! vuélvete á la tumba que el mar te abrió junto á la negra roca. Vuélvete y no te veas en el órgano de Canalejas.

Pero antes de volver, invita á Urrecha á que se vaya sin temor contigo, y se resuelva á dar el temeroso salto de Léncade.

Y armas al hombre

Uno de los defensores más acérrimos del proyecto de auxilios á las compañías ferroviarias es Mr. Billar, que se encuentra al frente del primer establecimiento de banca de París, y el cual ha amenazado conque ésta nos retirará su protección si no se vota el auxilio.

Ya nos figurábamos nosotros que en todo eso de los auxilios había mucho de juego, y nada limpio, por cierto.

Por lo visto, ese Mr. Billar quiere que le preparemos las carambolas como á Fernando VII.

¿A que resulta que en vez de ser Billar es Mr. Chambón?

Dicen los ministeriales, muy satisfechos, que el proyecto referente á las minas de Almadén, y el contrato con la Compañía Tabacalera, representan para el Gobierno ciento diez millones en oro, que le hacen mucha falta para las atenciones más apremiantes.

Bueno, eso es para el Gobierno, mas para el país ¿qué representan esos enjuagues?

Porque también el país tiene atenciones apremiantísimas.

La de comer, entre otras.

En la discusión del proyecto de ley para reprimir el anarquismo, tomará parte el Sr. Espada.

Es muy natural, puesto que se trata de reprimir. Pero también tomará parte el Sr. Botella.

Y esto, ya no lo creemos tan lógico, pues en discusiones de esta clase poco puede aprovechar un diputado de indole tan vidiosa.

A menos que haga un sacrificio y se despoje del tapón para utilizarle como un medio represivo.

Varios periódicos anuncian que ha regresado de Valencia la genial artista Loreto Prado.

Y á nosotros, la verdad, sé nos figura que esos diarios se corren una miaja.

Porque genial, vamos, lo que es genial de verdad y con toda exactitud, no conocemos á ningún señor ni señora de esos que suelen pisar las tablas por estas latitudes.

Ahora, si lo de genial no se refiere al genio, sino á las genialidades, bien pueden llamárselo á esa señorita y hasta al Sr. Polo y Peyrolón, si á mano viene.

A este último quien más genial le considera es nuestro amigo Morote.

Como que dicho señor diputado es el protector del P. Corbató.

El rey de Bélgica ha llegado á Noruega y se detendrá algunos días en Odda.

Si, ¿eh? Pues ya está aviado.

Porque no hay quien me quite de la cabeza que esa Oda con dos *dd* es cosa de Grilo.

El cual es poeta áulico y de los que se agarran.

En Francia se ha inaugurado un monumento á la memoria de Julio Ferry.

Y con este motivo dice Fabra que varios señores, en los discursos pronunciados en aquel acto, hicieron resaltar la política de Ferry y sus condiciones de estadista enérgico, audaz y prudente.

Esa unión tan difícil de la audacia con la prudencia, es lo que verdaderamente constituye la superioridad de un hombre político.

Entre nosotros tan sólo un ilustre estadista puede vanagloriarse de haber reunido entrambas condiciones.

El Sr. Romero Robledo, hombre audaz y prudente como pocos.

De lo cual pudieran dar testimonio las paredes del ministerio de Hacienda... y el señor conde de la Corzana.

En la citada ceremonia habló también el Sr. Hanotaux, quien dijo que «la nación francesa, al invitar á las potencias á la Exposición Universal, consagró la paz durante algunos años, porque Francia, partidaria de la paz, lo aguarda todo de la acción del tiempo.»

¡Qué casualidad! Lo mismo le sucede á D. Francisco Silvela.

Sólo que éste no cuenta como potencias más que con los Srs. Villaverde y Rancés.

Y tampoco tiene nada que exponer, más que un Dato sin consecuencias.

Al Imparcial le han telegrafado desde Orense que estando un vecino de no sabemos qué pueblo subido á un árbol le dispararon un tiro, tomándole por un guardiño.

Le verían las alas.

Y andaría por allí de caza la señora Pardo Bazán.

El Sr. González Rothvoss ha hablado en el Congreso para que se procure limitar las declaraciones de pobreza que hoy se otorgan con tanta facilidad. Se conoce que el Sr. Rothvoss va á gusto en el machito.

Y cree que á todos les sucede lo propio.

¡Miren que es oportunidad querer limitar las declaraciones de pobreza, cuando ahora va á ser preciso hacer una sóla que nos comprenda á todos los españoles!

En la sesión de anteayer en el Congreso, el señor Castel habló elocuentemente en favor de los canales y pantanos y en contra de las turbias del Lozoya. Y el Sr. Botella defendió á estas últimas.

Necesitará fregarse, y para fregar botellas, ya se sabe: lo mejor es el agua con arena.

¡Qué preguntas hacen á veces los periódicos! En la cuarta plana de algunos de ellos se lee, en letras gordas, la siguiente interrogación:

¿Por qué se ven tantas señoritas pálidas y ojeras?

Y la respuesta se cae de su peso:

Mientras se encuentren abiertas las Cortes y ande por ahí en milord el señor Ministro de Fomento...

A última hora notamos que en el Diccionario (cuarta plana), se ha deslizado una errata importante. Dice *borricas*, por decir *bonicas*.

Hacemos la advertencia, porque Gedeón no comete groserías. *Honi soit qui mal y pense*.

NUEVO DICCIONARIO
de la Real Academia Gedeónica

(No confundirla con la de enfrente)

(Continuación.)

ANARQUIA.—Lo que reina desde hace mucho tiempo entre los republicanos, y ojalá dure.

ANATEMA.—Veremos los que suelta el Sr. Sagasta cuando vuelva.

ANATOMÍA.—Lo que intenta hacer el Sr. Silvela, olvidando que una daga no es un bisturí.

ANCA.—La cadera de Máximo Gómez. || *Dar ancas:* el partido silvelista las da a todo el que que quiera montarse. || *No sufrir ancas:* eso les pasa a muchos conservadores.

ANCIANIDAD.—La única cualidad simpática del señor Pi y Margall.

ANCLA. || *Echar el ancla:* operación en la cual es maestro el Sr. Pasquin. || *Levar anclas:* lo que debiera hacer el Sr. Beranger.

ANCHO.—Principal cualidad del Sr. Feliú y Cerdina. || *Fallarse a sus anchas:* el Sr. Castellano en su ministerio, en el cual caben él y toda su familia, como Noé y la suya en el arca. || *Ponerse muy ancho:* D. Gaspar cuando le tira un pellizquito a D. Práxedes. || *Ser más ancho que largo:* milagro realizado por D. Venancio González.

ANDADOR.—Parecía que los necesitaba el ministro de Ultramar, pero ya se ha convencido de lo contrario el Sr. Navarro Reverter.

ANDALUZADA.—La Presidencia del Congreso de los diputados a cargo del Sr. Bergamín.

ANDAMIO.—Lo que necesita D. Benedicto Antequera para recibir órdenes de su maestro y jefe D. Alberto.

ANDANA.—Título que el Sr. Duque de Tetuán acostumbra a ser en el Congreso.

ANDANADA.—Es lo que suelta con más frecuencia D. Antonio Cánovas.

ANDAR.—Lo que todavía no ha aprendido el Presidente del Consejo, que no sabe sino estar parado. || *Andar en pleitos:* con ese andar ha adelantado mucho el Sr. Montero Ríos. || *Andar en pretensiones:* en cambio, on éste ha adelantado muy poco el señor Lastres. || *Andar con cuidado:* ya lo puede hacer Sagasta con los trigueros. || *Andar enhoramala:* Gedeón, dirigiéndose a los inquilinos del inmueble de la plaza de las Cortes, como diría Urrecha. || *Andar a derechas:* con eso cree Cánovas que lo tiene todo, pero las derechas no lo son del todo, si se tiene en cuenta la bizqueidad de su señoría. || *Andar a la que salta:* oficio a que se dedican muchos concejales en la oposición. || *Andar a las borricas:* es decir, como el Sr. Castellano. || *Andar a golpes:* en lo que se emplean algunos señores diputados para entretener el tiempo. || *Andar a una:* lo que no consiguen los fusionistas. || *Andar claro:* lo que tampoco ha conseguido el señor Bosch y Fustegueras. || *Andar tropezando y cayendo:* eso le pasa al Gobierno. || *Todo se andará:* en ferrocarril... lo dice Sagasta.

LAS DOS CARAVANAS



Los unos.—Es necesario obstruir.
Los otros.—Es necesario aprobar.
Todos.—¿Qué hacemos, ilustre esfinge?
La esfinge.—Ni chicha ni limoná.

SESIONES MATINALES

Castellano (cantando).



Yo soy el amo del burro,
y en el burro mando yo,
y con él por las mañanas
voy a celebrar sesión.

30 de Julio FOLLETÓN DE "GEDEÓN." Núm. 5.

EL ÚLTIMO INFUNDIO DE ROCAMBOLE

La daga putrefacta

Novela traducida indirectamente del francés.

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO III

Empieza la revancha

La rapidez con que se precipitan los acontecimientos en nuestro verídico relato, nos impide describir como deseáramos a cuantos personajes vamos sacando a escena.

Imposible nos es hacer una excepción por la interesante figura de Emilia la pálida, con la que los lectores habrán de trabar harto conocimiento en el curso de esta relación, y aunque nos duela dejar de describirla, a ello nos vemos obligados, porque otras atenciones reclaman con urgencia nuestra pluma.

Era Emilia la pálida de no gran estatura, pero bien formada. De sus ojos fluía un dulce y secreto encanto que dominaba todos los corazones. Tenía un lunar en la mejilla izquierda; las manos cortas y los pies pequeños. Los brazos tampoco eran desmesuradamente largos. Su voz parecía a veces el rugido de la tempestad, y otras el agudo son de la flauta. Vestía generalmente de negro. Su paso era menudo; usaba lentes.

La juventud de Emilia había sido borrascosa, y ella cantante. El eco de su fama había llenado los aires de todas las naciones europeas descubiertas después por Alonso de Berrara: pero en el emporio de su gloria y en la cúspide de sus triunfos, dióle de pronto la comezón de dejar tan vanos laureles y aparatosas vanidades por la oración y el retiro. Abandonó, pues, el escenario de los grandes coliseos, y no volvió a cantar más que en su casa.

La cantante de ópera se convirtió en cantante de salón, y la diva de *Sonámbula* se trocó en la romancista de «Vorrej m ríre».

Pero hemos dejado a Rocambole subiendo con sus compañeros la cuesta de San Vicente, y a Madrid medio quemado, y es preciso que abandonemos a Emilia la pálida sin tratar de describirla, para volver a Rocambole y al incendio.

Antes de que Rocambole llegara al edificio de Caballerizas, escuchó los gritos de ¡muera Rocambole! frenéticamente repetidos.

No por esto se alteró su habitual serenidad; pero, volviéndose a sus compañeros, les dijo:

—Todo lo adivino; nuestros enemigos han incendiado Madrid para acusarnos de ese crimen; pero sus intenciones les saldrán fallidas.

—Maestro, arguyó Pozo-Blondo. Tu vida corre peligro si continuamos hacia Madrid; las turbas te reconocerán y saciarán en tí sus furores.

—Mira si sube un tranvía, respondió el maestro.

—Sí, uno sube lleno de gente.

—Pues eso es lo que necesitamos. Cuando llegue hasta nosotros, detenedle y montaremos.

Así lo hicieron, y cuando todos los compañeros de la daga, incluso el maestro, estuvieron medianamente colocados en el interior del tranvía, donde se apiñaban los viajeros, dijo Rocambole:

—Aquí, donde no nos ve nadie, yo me desnudaré, y la momia me prestará las pocas bandas que le quedan. Disfrazado de momia podré introducirme entre las turbas sin ser reconocido, y juro que nuestros enemigos se acordarán de esta momia.

La de Ramsés II no tuvo ningún inconveniente en verificar el cambio, y gracias a este hábil trueque de vestidos, realizado de un modo secreto en el interior del tranvía lleno de gente, el maestro quedó en disposición de lanzarse a las calles como una momia más y sin riesgo ninguno.

Al llegar a la plaza de Santo Domingo se apeó del vehículo, diciendo a sus absortos compañeros:

—Esperadme dentro de tres horas en la cueva del *Pez que Habla*. Cuando yo vaya allí el incendio estará dominado, y vuestros enemigos vencidos una vez más.

Después se perdió entre la multitud que corría desolada por las calles, presas del incendio, gritando cada vez con más furia: ¡Muera Rocambole!

La supuesta momia sourcea al oírlo.

Ni aunque le hubiera encontrado el mismo Cánovas le habría reconocido.

Así caminó hasta la calle Mayor.

Delante de una peluquería se detuvo.

—¿Iba tal vez a afeitarse?

—Iba a dominar el incendio.

—¿De qué modo?

El contestar a esta pregunta requiere largas explicaciones, que dejaremos para el capítulo siguiente. (A seguir.)

